

# ¡Pasto y deporte!

Salamanca, febrero, 1924.

**A**CABAMOS de leer en *El Mercantil Valenciano*, de Valencia, una crónica del conocidísimo cronista que firma con el pseudónimo de Fabián Vidal, titulada: *Juegos de chicos*. Refiérese a éstos recordando lo que ha dicho Roberto Castrovido, de que los juegos de los chiquillos en España han sido siempre el espejo de la actualidad colectiva. En España y fuera de ella, añadiremos. Ni aquello que los chicos imitan pasa también de juego.

Dice cómo cuando la revolución de 1863 se jugaba a partidas. Y nosotros, los que éramos chicos durante la última carlistada, jugábamos y más en el teatro de la lucha de los mayores, a la guerra civil. Y agrega el cronista:

«Después, con la Restauración, los muchachos dedicáronse a los toros. Todas las ciudades, villas, pueblos y aldeas de la Nación convirtiéronse en cosas taurinas y en escuelas de tauromaquia. Lagartijo, Frascuelo, Carancha, Mazzantini, Guerrita, eran emulados, con grave peligro de los transeuntes, por infantiles cuadrillas, que acosaban a un chiquitín de revuelta pelambre sobre la que se asentaba una tabla con cuernos».

Sigue narrando el turno de los juegos infantiles para recordar que a partir del 98, del desastre nacional, volvió la afición tauromáquica. El día mismo en que se supo en Madrid la rendición de Santiago de Cuba se llenaba la plaza de toros de la Villa y Corte. Es que los duelos con pan y toros son menos.

Fabián Vidal pasa luego a comparar la tauromaquia con la footballetería. Y escribe:

«Pero ya se acabó esta tradición, como tantas otras. Ahora la hispana chiquillería juega al balón y corre tras él frenética, asustando perros y haciendo caer a los viandantes desprevenidos. Voces de extraños idiomas son pronunciadas por escolares de siete años y aún por golfos, del arroyo. ¡Chuta! gritan a un campeón de cabeza rapada, sus com-

pañeros de equipo. Y un clamor de júbilo se eleva cuando hace «goal», metiendo la pelota, ora en una portería, ya en el escaparate de una tienda de comestibles, bien en la plataforma de un tranvía o de un autobús, que se han dado casos.

«Chicuelo, Lalanda, Algabeño, Nacional, Villalta, Maera, son seres desconocidos para las muchachas españolas. En cambio, Zamora, Monjardín, Samitier, Meana, Del Campo, gozan entre ellas de popularidad extraordinaria.

«¿Matará esto a aquello? Cerca de cuarenta mil personas presenciaron la otra tarde un partido de foot ball en el Stádium madrileño. Nunca fueron tantas a las plazas de toros, entre otras razones, porque no tienen cabida en las mayores de ellas arriba, de doce o quince mil espectadores.

«Dicen algunos que el foot ball vencerá a la tauromaquia, porque es más barato, y que se dará el mismo fenómeno que se viene dando con el teatro y los cinemas. Cada estrella coletuda aumenta de año en año sus ambiciones crematísticas. Los sueldos de ocho mil pesetas por corrida son

cosa corriente, y un toro de sangre cuesta de ocho a diez mil reales. ¿Qué van a hacer los empresarios?»

Pero los cinematógrafos no matarán al teatro. Creemos más bien que lo mejorarán. Habrá una diferenciación de género. Disminuirá el número de compañías dramáticas, pero las comedias y los dramas serán más comedias y más dramas. Porque no es creíble que quieran emular al cine. Acudirán al teatro los que gusten del drama o la comedia íntimos, de los que no se desarrollan sin palabras, y se irán al cinematógrafo los que buscan otra cosa. Y tendrá que languidecer ese género híbrido y absurdo de las pantomimas con explicación escrita en la pantalla, en que aparecen dos sujetos gesticulando una conversación y después se lee lo que han dicho.

No, ni el cinematógrafo matará al teatro ni el foot ball matará a la tauromaquia, que es, tenemos que confesarlo los enemigos de ella, mucho más dramática que aquél. Porque es el elemento trágico el que mantiene la afición a las corridas de toros. Tragedia bárbara, pero tragedia al fin.

Y acaba Fabián Vidal:

«No creo que la tauromaquia muera en España asesinada por los deportes al aire libre. Convivirán la una y los otros. Sin embargo, es indudable que nuestra juventud vuelve la espalda al

antiguo espectáculo castizo y que predominan, entre los habituales de los cosos, los aficionados muchachos que conocieron al padre de los Gallos y que vieron a Guerrita cuando, en el pínaculo de su fama, cobraba doce mil reales por tarde.

«¿Es un bien? ¿Es un mal? Yo creo que es un bien. Porque lo peor de los toros no es el espectáculo propiamente dicho, sino el flamenquismo, que es su sucedáneo espiritual...»

Indudablemente, lo peor de los toros no es el espectáculo mismo, sino lo que Fabián Vidal llama el flamenquismo, pero aparte de que éste es, más que efecto, causa de la afición tauromáquica, ¿es que no hay ya un cierto flamenquismo footballeístico?

Muchas veces hemos dicho que el daño mayor que hacía la afición a las corridas de toros—lo que se llama, sin más, «la

(Pasa a la página 235).

## Lo que por su parte dice Bagaría



EL ESPAÑOL.—Para mí, señor del foot-ball, lo único bueno que ha hecho tu chifladura es distraer un tanto la bárbara chifladura de los toros.